

Le Monde Diplomatique, N° 117, marzo 2009

**LIBERALES DE LA BOCA PARA AFUERA: ALGUNAS VERDADES SOBRE EL
PROTECCIONISMO Y EL LIBRE CAMBIO**

*Mario Rapoport**

El debate entre proteccionismo y libre cambio ha sido uno de los más controvertidos en la historia económica y de las relaciones internacionales. Las naciones que lideran el planeta fueron alternativamente partidarias del libre cambio o del proteccionismo, según les convino y siempre en defensa del tipo de productos que les interesaba proteger. El avance tecnológico británico se debió a sus políticas proteccionistas, pero el Reino Unido se hizo librecambista cuando ya era la principal potencia industrial del mundo y podía colocar ventajosamente sus manufacturas y bienes de capital a las naciones periféricas. Según el historiador belga Paul Bairoch, a fines del siglo XIX y principios del XX lo que hoy es el mundo desarrollado era, salvo Gran Bretaña, un “océano de proteccionismo”, mientras que aquellos países que giraban en la órbita británica, como la Argentina, se habían convertido en un “océano de liberalismo”.

El caso más importante de proteccionismo en la historia del capitalismo es el de los Estados Unidos. Allí, los industrialistas y proteccionistas del Norte necesitaron una guerra civil para eliminar a los librecambistas sureños, cuya base de sustentación económica era el sistema esclavista. La defensa de las industrias norteamericanas, utilizando altas barreras aduaneras, duró prácticamente hasta la década de 1930, cuando Washington implementó el sistema tarifario más alto de su historia. La diferencia con la actualidad es que lo que antes defendía con tarifas o embargos –como el embargo de carnes de 1926 a la Argentina que sentó las bases de un largo distanciamiento entre los dos países– hoy lo hace con una política de subsidios. Esta nueva modalidad, que comenzó con Roosevelt en 1938, se traduce en mecanismos tales como la ley agrícola de mayo de 2002, bajo el gobierno de Bush, que autorizó un gasto estimado superior a los 100.000 millones de dólares y representó un incremento en el monto de los subsidios del 70% con respecto a la situación anterior. A esto se suman las leyes *antidumping* y las salvaguardias de distinto tipo, todas ellas medidas no arancelarias que compensan ampliamente el hecho de que EE.UU. tenga hoy uno de los niveles tarifarios más bajos del mundo. Algo que pretende imponer a los demás en las rondas de la OMC olvidando su proteccionismo agrario.

Alemania en el siglo XIX, Japón en el XX, las naciones del sudeste asiático después de la Segunda Guerra Mundial, que forman parte del mundo industrializado, tenían también el más cerrado esquema arancelario para defender su desarrollo industrial y tecnológico. Ahora, los países que integran la Unión Europea recurren a las disposiciones de la Política Agraria Común a fin de proteger sus no competitivos bienes agropecuarios.

Como se ve, en el debate libre cambio-proteccionismo el discurso está alejado de la realidad. Los países que defienden el libre cambio y se benefician más con él son los que se han industrializado y tienen claras ventajas en productos de mayor valor agregado, pero eso no les impide proteger sus actividades productivas más ineficientes.

* Economista e historiador. Investigador Superior del Conicet

En un artículo que se titulaba: “La autosuficiencia nacional”, escrito en 1933 y publicado en la *Yale Review*, en plena crisis, Keynes afirmaba: “Como la mayoría de los ingleses, he sido educado en el respeto del libre comercio [pero] mis esperanzas, mis preocupaciones y mis temores han cambiado”. El economista británico ya no estaba “persuadido que los beneficios económicos de la división internacional del trabajo sean comparables a lo que fueron”. Para una gama de más en más extendida de productos industriales, e incluso agrícolas, Keynes no creía que las pérdidas económicas debidas a la autosuficiencia “sean superiores a las ventajas” que pueden obtenerse en el marco de una misma organización económica y financiera nacional. Y enfatizaba: “Produzcamos en nuestro país cada vez que sea razonable y prácticamente posible y, sobre todo, hagamos lo necesario para que las finanzas sean nacionales”.

La liberalización comercial que acompañó el actual proceso de globalización no produjo efectos sobre el desarrollo económico mundial, como lo demuestra la fuerte caída de las tasas de crecimiento en los países más avanzados y el incremento de las desigualdades y la pobreza en los más atrasados en los últimos treinta años, y se dio en el marco de una mayor intensidad de los flujos comerciales en los bloques económicos existentes, relativa o fuertemente protegidos, de Europa, Asia, América del Norte y América del Sur.

Para la Argentina es muy importante luchar, junto a los países en desarrollo, por eliminar los subsidios agrícolas y todo tipo de restricciones comerciales injustificadas, pero también tener en cuenta que el comercio por si solo no suprime las desigualdades nacionales sino que puede incluso acentuarlas y que sólo volviendo a un sendero de industrialización, practicando una política más equitativa de distribución de ingresos, diversificando las exportaciones y ampliando la capacidad productiva sobre la base del mercado interno y del fortalecimiento del Mercosur, se podrán sortear los efectos de la crisis mundial, y contar con una sociedad más justa y con más altos niveles de vida.

En el caso del Mercosur, el predominio de los productos primarios y energéticos en las exportaciones argentinas frente al de los bienes industriales y de mayor valor agregado en las brasileñas constituye un factor relevante en las divergencias comerciales entre ambos países, que pudieron agravarse por restricciones que quisieron aplicar nuestros vecinos. Este proceso obstaculiza la integración e impide sustentarla en una alternativa de largo plazo, hacia la conformación de industrias comunes. Para que pueda transformarse en una realidad, el gobierno argentino debe promover una política industrial activa, a través de ayudas y estímulos que coloquen al país en cierta paridad de condiciones frente a su socio y, sobre todo, que permita a nuestros empresarios potenciar aún más la creciente actividad industrial dentro del proceso de recuperación económica que se está experimentando.

Resulta sorprendentemente actual el pensamiento de Vicente Fidel López cuando reaccionaba contra el libre cambio en la discusión parlamentaria de la Ley de Aduanas de 1876. Allí, proponiendo la creación de industrias textiles laneras, sostenía en forma premonitrice que en el momento en que la Argentina “tenga *cuarenta millones de habitantes*, (que algún día no lejano lo llegará a tener) [no podremos mantenerlos sino] a condición de que seamos ricos por el trabajo [de nuestras industrias]”. Porque –para López– “los pueblos consumidores [terminan pereciendo siempre] frente a los pueblos manufactureros”.